

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. TONO.—Madrid.

— ¡Hay que ver tu abuelita, la pobrel...

Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En todo tiempo debe us=
ted usar los maravillosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Bases para el concurso de diciembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para el primer sorteo del próximo marzo.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Tres décimos para el mismo sorteo que los anteriores.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirsenos reunidas antes del día 8 de enero, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro

apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de diciembre, insertos en esta página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 20 de enero se

publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.



ÉL. — *Hay una enormidad de mujeres que no quieren casarse.*

ELLA. — *¿Por qué lo sabe usted?*

ÉL. — *Porque se lo he preguntado...*

(De *Sondage Nisse*, de Estocolmo.)

1. — Para la Zuffoli.

LAGO 1000 ORIENTE

¿Qué ————— hace

| MEDIODÍA |

el ————— canario?

ESTADOS UNIDOS GRAN ARTISTA — 50

2. — Volcán.

— *¿Te lavaste, por fin, con primados?*

— *¡Ya lo creí! Y también lo uso para quitarme el dos-cuarto.*

— *Usalo también para el terciados de Lenin.*

— *Eso ya no puede ser. Lo he mandado con mis primos a una población próxima al todo.*

3. — Tiritona.

¿QUÉ ES LENGUA DE GITANOS?

10 grados bajo cero

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de diciembre.

4. — En ciertas casas de vecindad.

: CHUCHO
500
A FEBO

5. — Veneciana.

— *No sé ¡ni prima-tres! de eso que me preguntas.*

— *Eres un dos-prima, querido Emeterio. Yo te creía con más talento.*

— *¡Tú sí que eres un terciados-prima!*

— *¡Pero bien me pasee en todo con tu novia, primo!*

6. — Para bebés.

ZUMBIDO
PARA LAS MIGAS
MUSICAL
V I O N

COMPROBADO COMPARÁNDOLA

LA ORTOGRAFÍA MARTÍNEZ MIER, sexta edición, 453 páginas, resuelve toda duda escritura, puntuación, pronunciación. Ninguna mejor.

7. — ¡¡Un santol!!

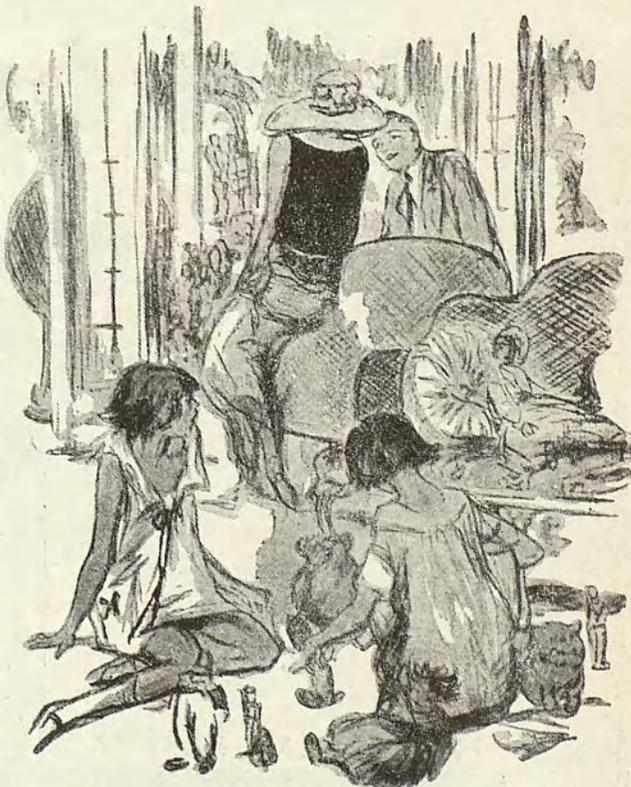
JESÚS
PARA HACER "GOAL"

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO



— *¿Pueden casarse las muñecas?*

— *No lo sé; pero papá dice que debía haber una ley contra los hombres que se casan con muñecas...*

(De *Life*, de Nueva York.)



CUANDO USTED NOTE QUE SU CABELLO
EMPIEZA A CAER COMPRE ENSEGUIDA

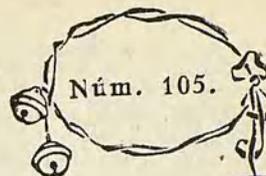
PETRÓLEO GAL

Y A LOS POCOS DÍAS PODRA USTED COM-
PROBAR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES
ES EL ÚNICO PRODUCTO EFICAZ CONTRA
LA CAÍDA DEL PELO



FRASCO 2.50 PESETAS

PERFUMERÍA GAL - MADRID



CUESTIONES DE POCO PESO

LA MISTERIOSA MNEMOTECNIA



El cerebro español padece de amnesia crónica...

Esta frase, que disuelta en un articulejo ramplón no ofrece importancia alguna, consignada en un tratado de histología se atribuiría probablemente a Ramón y Cajal. Y, sin embargo, se me ha ocurrido a mí, y estoy muy satisfecho de ella.

El cerebro español padece de amnesia crónica... Sí, señor; y añadiré otra sentencia para completarla: El cerebro español empezó por olvidarse de sus deberes y ha terminado por olvidarse de sus derechos...

Efectivamente, en España nadie tiene memoria ni nadie pone el menor interés en tenerla. En España constituye hoy una gran prueba de distinción el hecho de no tener memoria. Es una enfermedad colectiva de la que nadie se ve libre..., y de la que con aterradora frecuencia se duelen los sastres, los zapateros, los almacenistas de comestibles y los mozos de café. La facultad de no acordarse de nada representa actualmente un valor positivo en la bolsa nacional. El olvido es la rúbrica más fehaciente para dar el visto bueno a la sencilla factura de una modista o al candoroso recibo del impuesto de inquilinato... ¿Con qué derecho puede una simple costurera o un inoportuno recaudador obligarnos a hacer memoria de lo que indudablemente no nos interesa recordar?...

Sólo existe una excepción — la honrosa excepción de siempre — que, al fin y al cabo, viene a confirmar la regla, y que en el caso presente, por su misma anomalía, encarna el módulo de la mnemotecnia. (Me parece que la cosa está bien clara.) Esa excepción es la de los administradores de Lotería.

Ustedes lo habrán observa-

do como yo: los administradores de Lotería poseen una memoria prodigiosa, fantástica, inverosímil. ¿Por qué gozan tales seres de tan raro privilegio? Nadie podrá explicarlo satisfactoriamente. Los más sabios metafísicos se quedarían con la boca abierta oyendo citar a un lotero todos y cada uno de los premios correspondientes a todas y cada una de las extracciones, sin vacilar en ninguno, sin equivocarse en uno solo, y de igual manera precisar con exactitud matemática las fechas y las poblaciones en que tocan y las cantidades con que la diosa Fortuna tuvo la bondad de agraciarlos... ¿No es esto absolutamente sensacional?

Pero hay más aún, hay algo todavía más inexplicable, más extraordinario,

más desconcertador. Los señores loteros recuerdan también los nombres, tipos y señas de los compradores de todos los premios que despachan. ¿Cómo puede ser eso? No lo sé; pero ustedes también lo habrán notado. La lotería de Navidad es la más propicia a la prueba de ese hecho sobrenatural. A la media hora de salir el *gordo*, ya ha facilitado el administrador que lo vendió cuantas noticias pueden interesar al público. Los periodistas las recogen de sus autorizados labios con una dulce emoción de suceso curiosísimo... Cuatro décimos los compró el día 3 de septiembre, a las once y cuarto de la mañana, un señor de Alcantarilla, que había venido a Madrid con el notable objeto de que le sa-

jaran un quiste que poseía en la región lumbar. Otro décimo lo adquirió el día 8 de octubre, entre cuatro y cuatro y diez de la tarde, un jefe de negociado de tercera clase de Ministerio de la Gobernación, por encargo de un primo segundo de su distinguida esposa, residente en Tabanera de Cerrato (provincia de Palencia). Dos décimos más los tomó el día 20 de noviembre, en el momento mismo de abrir la administración, una viuda joven y guapa, habitante en la calle de Claudio Coello, número 117 triplicado, segundo centro izquierda, llamada doña Asunción Garrido y Fernández, la cual se negó terminantemente a dar su nombre y su dirección. Y, por último, el resto del billete le fué vendido el día 2 de diciembre, en el preciso instante de cerrar el despacho, a un sacerdote de la diócesis de Sigüenza, que se hallaba en Madrid de paso para Limpias, adonde se dirigía en peregrinación con ciento tres de sus feligreses...

La precisión con que los señores loteros refieren estos interesantísimos pormenores, me deja turulado. «Pero, Dios mío — me digo —, ¿cómo podrán saber tantas cosas? ¿Es



Dib. SILENO. — Madrid.

que cuando una persona entra en una administración de Loterías a comprar un décimo, ha de exhibir previamente su cédula personal y justificar después los motivos que le impulsaron a probar suerte?» Yo no tengo noticia de que a nadie se le someta a ningún interrogatorio en las administraciones de Lotería... A mí, por lo menos, nunca me han preguntado nada... ¿Será, acaso, que gozo, sin sospecharlo, de una envidiable popularidad, que me exime de acreditar ante los loteros mi ciudadanía?...

Me explico que se llegue a saber de memoria todos los números premiados en uno, en dos, en veinte, en cien sorteos. Todo es cuestión de paciencia. El lotero

enamorado de su profesión, tiene el derecho de distraer sus ocios cotidianos leyendo la lista oficial hasta aprenderse la y recitarla de carrerilla.

Y aunque para la mayoría de los mortales no constituya la mencionada lista un gran motivo de esparcimiento, para un lotero puede suponer una inefable y dulcísima distracción... Pero ¿cómo es posible que se llegue también a saber de memoria los más minuciosos y pequeños detalles referentes a los jugadores?... Misterios de la mnemotecnica que ningún psicólogo descifrará nunca. El Sr. Besteiro tiene la palabra para alusiones...

MARCIANO ZURITA



Dib. MENDA. — Madrid.

— ¿Y usted quién es para prohibirme la entrada en el Ministerio?
— ¿Yo?... ¡Sepa usted que está hablando con el portero mayor!...

AMARGUÍSIMOS QUEJIDOS DEL VECINDARIO

Continuamos la publicación de los alaridos de dolor y de las estentóreas manifestaciones de protesta iniciada el otro día, con el loable fin de que los lectores se desahoguen, para que la bilis no les conduzca a las puertas de la muerte o les ponga en el trance de cometer un asesinato, que siempre es una gaita y trae consigo una serie de molestias que es conveniente evitar.

Aquí podrán todos protestar de lo que les dé la gana, y mandarnos censuras dirigidas a quien les dé la gana, que nosotros lo publicaremos con muchísimo gusto... (si nos da la gana).

Y nada más... ¡Al grano!

TRAVESURAS INFANTILES

Señor director de BUEN HUMOR.

Muy señor mío y revoltoso paisano: ¡Es una pena la pésima educación que en Madrid se da a las criaturas! Digo esto, porque estoy siendo espectador de un diario ultraje que infieren, a ciencia y paciencia de las autoridades, unos cuantos chiquillos del barrio de Pozas a la anciana encargada de un quiosco de necesidad enclavado en el distrito. Constantemente le están arrojando piedras, más duras que la cabeza de Unamuno, y dirigiéndole soeces burlas; y crea usted, señor, que la pobre mujer, que no tiene más medio de vida que su cargo en el quiosco, y que se pasa allí diez y ocho horas para en resumen sacar una porquería, es una señora dignísima que no merece el indigno papel que le han dado.

Hago su defensa por espíritu de altruismo, pues la señora a quien defiendo (en el quiosco y fuera de él) no tiene conmigo nada de común...

Ya dice el refrán que el que con chicos se acuesta..., ¡y me como lo demás por respeto a los lectores de su satinado semanario!

Suyo incondicional, — Jeremías Quejido.

UN CASERO HIDRÓFobo

Señor director de BUEN HUMOR.

Elocuente y silencioso amigo:

Deseo que se denuncie por su periódico el siguiente hecho:

El dueño de la finca donde habito fué mordido hace dos meses por un perro hidrófobo. Al pronto no se notó en su estado nada de particular; pero ayer le dió una rabia tan enorme, que se empeñó en subirnos los alquileres a todos los

vecinos. Al ver que no nos daba la gana de pagar el aumento, le dió mucha más rabia todavía, y quiso morder a la madre de una cupletista que ocupa el bajo derecha. Esto demuestra que su situación no es la normal, y que deben recluírle en seguida, porque si hubiese estado en su juicio, en vez de morder a la madre, hubiese atizado el mordisco a la cupletista.

Y puedo asegurar una cosa: que a la cupletista no le hubiera dado rabia ninguna.

En cambio, le dió rabia que el tío la despreciase por su mamá.

Urge, pues, en vista de tanta rabia como hay en la casa, que se le ponga una camisa de fuerza al casero.

¡Y si se le puede poner otra camisa a la cupletista, tampoco estaría de más!

Muy suyo y agradecido, — *Deogracias de Todo*.

CASQUERO HUMORÍSTICO

Ilustrado y devoto señor director de BUEN HUMOR.

Distinguido señor mío:

Hay un casquero en la calle de la Ruda que no se limita a expender tranquila y sosegadamente sus inmundas mercancías (manos de ternera, sesos, hígado, callos, etc.), sino que las vocea en una forma y con unos términos, que el día menos pensado va a haber un tumulto en la calle. Ayer decía a grandes gritos: ¡*La criada del siete me acaba de pedir la manol... ¡El vecino del veintitrés me va a mascar los hígados!... ¡Tengan ustedes mucho cuidado con no pisarme los callos, porque me voy a la cocina a levantar la tapa de los sesos!*

Comprenderá usted, señor director, que yo voy a la compra a surtirme de lo necesario y no a celebrar una interviú con un tozudo de la hilaridad.

Además, han empezado a correr voces en el barrio de que ese casquero es Muñoz Seca, que se ha establecido de incógnito, y eso perjudica a la seriedad de los autores españoles.

Y si duda usted de lo que digo, dése una vueltecita por la calle de la Ruda y oirá al tío vociferar como un energúmeno: ¡*Tengo el mejor corazón de Madrid!*... ¡*Yo le doy buena pata a todo el mundoll!*... ¡*Ole mis tripas!*... y ¡*Tengo sangre de Manolo!*... (Manolo es un funcionario del matadero que le surte de sangre al desaprensivo industrial.)

Y sin más comentarios, me encomiendo a los buenos oficios de usted (que no sé cuáles son), — *Una víctima del carnicero*.

COCHEROS QUE PROTESTAN

Señor don director de BUEN HUMOR.

Muy señor mío. (Aquí hay un punto.)

Como cocheros de plaza de Madrid, y como ciudadanos conscientes, protestamos (aquí hay dos puntos):

De la campaña que se está haciendo

en contra nuestra, con pretexto de elogiarnos a los modernos taxímetros, poniéndonos de groseros, de avaros, de interesados y de mal vestidos, que no hay por donde cogernos.

Y del mal trato que nos da el público, y de las propinas que casi no nos da desde que funcionan los susodichos taxímetros.

El otro día, unos estudiantes nos tomaron por horas y por unos primos, y durante el servicio se estuvieron gaseando de nuestra incultura y de nuestras malas formas (¡naturalmente, no somos Venus, ni Apolos, ni Zarzuelas).

Y al final se despidieron, recomendándonos que fuésemos a la escuela a aprender faltas de ortografía.

Y decimos nosotros (dos puntos más):

¿Hay algún estudiante de esos que haya hecho, como nosotros, una carrera en una hora?

¡A que no!...

Y con recuerdos a Juan y Manuela, sobre todo a la Manuela, se ofrecen de usted afectísimos, — *Tres personas honradas* (¡y las tres en punto!)

Por la publicación de las quejas.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. ZAPATA. — La Granja.

— *¿Sabes que Carlos se me declaró anoche, cenando?... Chico, ¡fantástico!... ¡Entre plato y plato!*

— *¡Ah!... Entonces, no dudes: su cariño será platónico.*

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN



La admirable tiple mejicana, que tan halagadora acogida ha tenido en el público madrileño cuantas veces ha actuado en Madrid interpretando sus creaciones maravillosas, dedica a BUEN HUMOR unas líneas y unos monos, que son nueva modalidad de su arte y de su gracia.

UNA ANÉCDOTA DE ESPERANZA IRIS ILUSTRADA POR ELLA MISMA

Tengo un hijo que, además de muy guapo, es muy gracioso; dicen que salió a su madre (por desgracia, ya no tengo abuela).

Todas las noches, antes de marcharme al teatro para empezar mi trabajo, entro en su alcoba cuando ya está acostado en su camita, y, al darle un beso, le digo: «Hasta mañana, mi nene; que duermas con los angelitos.» Algunas noches suelo decir: «Que duermas con San Juan, o con San Pedro, o con Santo Tomás de Aquino», según el santo que acude más pronto a mi memoria.

Sé que el niño le dice luego a la profesora las mismas palabras mías.

Una noche, que, como siempre, entré a despedirme de él, le dije:



*Hasta Mañana
mi nene*

«Hasta mañana, mi nene; que duermas con San Luis Gonzaga.» Cuando regresé del teatro encontré a la profesora — que es soltera y muy honesta — hecha un valle de lágrimas y muy indignada con el niño.

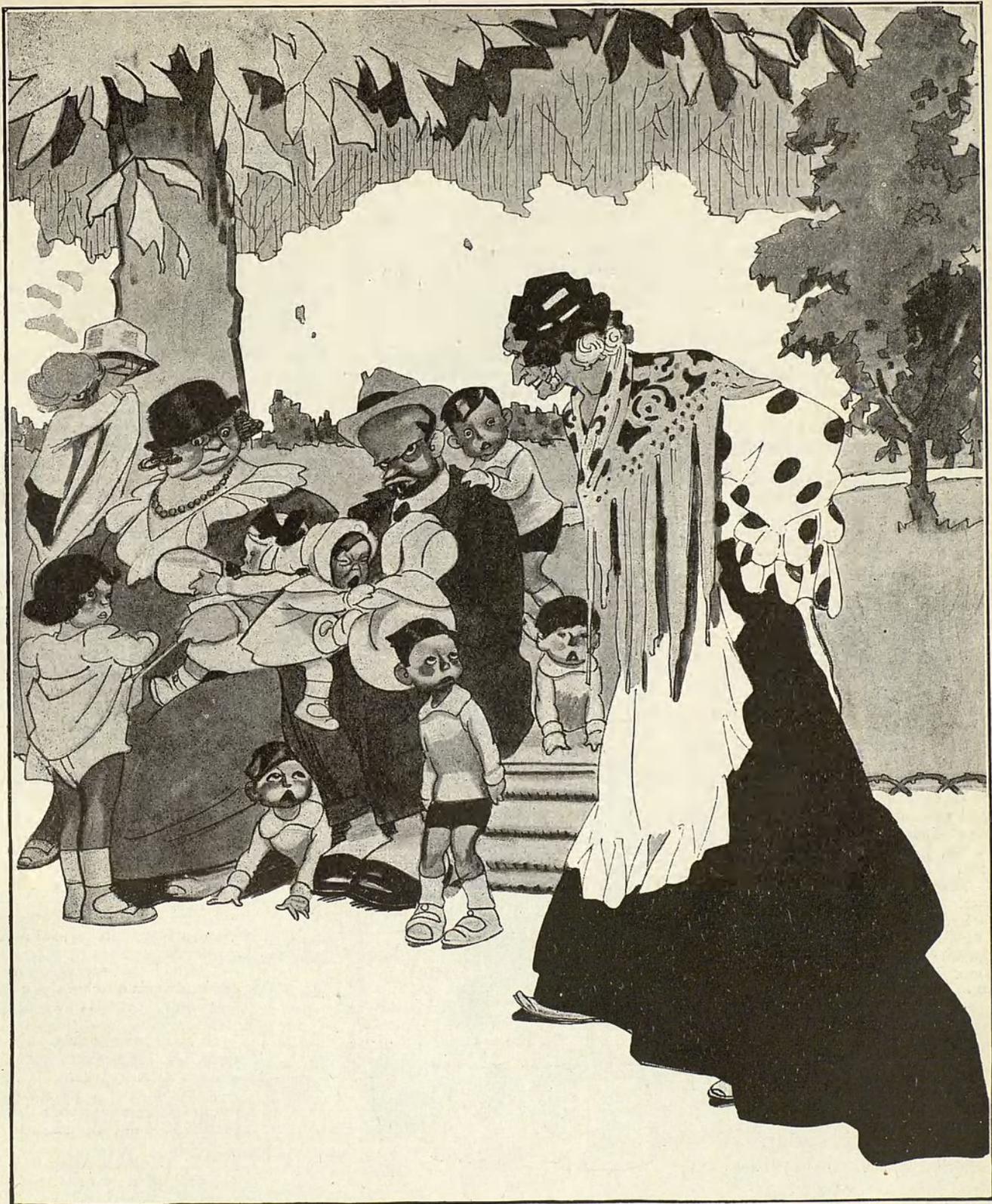
— ¿Qué te pasa? — le dije.

Ella me respondió muy furiosa, y haciendo esfuerzos por dominar sus sollozos:

— Tu hijo es un atrevido. Esta noche, al despedirse, me ha dicho: «Hasta mañana, maestra; que duerma con don Luis González.»



¿Que te pasa?



Dib. AREUGER. — Madrid.

— ¿Te la digo, resalao?...
— ¿Para qué?... Me la sé de memoria: afortunado en
amores y desgraciado en... el juego. ¿No es eso?...

LA CRIADA NUEVA

— Buenos días, señora, y la compañía.

— Muy buenos; pero lo de la compañía no sé a quién se refiere, porque estoy sola.

— Es un decir, señora.

— ¡Ah, ya!... Usted es la criada que me recomienda la señora de López, ¿verdad?

— Sí, señora.

— ¿Qué sabe usted?

— Pues sé que el pobre señor López está pasando las de Caín, porque doña Romualda es una trapiondista, y que su hija, la novia del teniente de Caballería...

— Basta. Aquí no ha venido usted a criticar ni a hablar mal de los señores de López.

— Como la señora me ha preguntado qué sabía, y eso me consta como con certificado...

— Le pregunté qué sabía hacer de las labores de la casa, de los oficios propios de usted.

— ¡Ah, ya, qué graciosa!... Ha sido un capicúa. Usted perdona. Pues sé lo corriente. ¿Los señores se levantan tarde? ¿Hay que hacerles desayuno? Les serviré el café o el chocolate con tostadas o con churros en la cama.

— Me agrada. De modo que sabe hacer churros, ¿y cómo los hace?

— Pues verá la señora: después de tener hecho el chocolate o el café, bajo a la churrería más próxima, los compro, subo otra vez, y los sirvo en el desayuno.

— Ya, ya. Es una receta facilísima.

— Eso me digo yo. A la hora de almorzar, almuerzo lo que los señores, y a la de cenar, lo mismo. Eso es lo que sé, y no tengo reparo en decírselo a la señora, ya que la señora me lo pregunta. A mí me gusta la franqueza.

— Y a mí, y veo que usted es franca.

— Como que soy de Paracuellos de Jiloca.

— ¿Guisar?

— No me tira; pero como de todo, principalmente si me gusta. ¿A ustedes qué les parecen los callos?

— Cosa molesta, y no tenemos.

— Pues yo me vuelvo loca por ellos, y en la antepenúltima casa en que he servido, les añadían en la cazuela unas ma-

nos de ternera que guisaba el señor. ¡Cosa estupenda...!

— ¿Ah, sí? ¿Qué hacía ese señor con las manos?

— No se lo puedo decir a la señora; pero aquello estaba estupendo. ¿Aquí el señor no es así?

— No; aquí mi marido emplea las manos en ganarse la vida.

— ¡Ah! ¿Pero el señor de la señora es su marido? ¡Qué lástima!

— ¿Qué dice usted?

— Sí; porque, la señora disimule, a mí me gusta más servir donde los maridos no son maridos. Hay más alegría, más variedad: que hoy es uno, mañana otro, pasado el de antes, luego el nuevo. Así es más variado y abundan las propinas.

— ¡Cuánto disparate! Aquí el marido es siempre el marido. ¡No faltaba más!

— Como la señora quiera; pero reconocerá la señora que eso es más aburrido, sobre todo para la señora.

— Basta. ¿Lava usted?

— Mi cuerpo.

— Digo la ropa de la casa.

— No, señora. Eso es un trabajo fuerte, al que una no está acostumbrada. Es como si la dijeran a la señora que tenía que subir un baúl desde la estación. ¿A que la señora no le subía?

— ¡Naturalmente!

— Pues ahí duele. Esos trabajos rudos, pa el gato. ¡Ah! Y, a propósito, aquí habrá gato, ¿verdad?

— No.

— ¡Qué lástima!... Un gato es siempre necesario, porque a él se le puede echar la culpa de todo. ¿Faltan dos salchichas a la mesa?... Se las ha comido el gato.

— ¿Se ha roto una taza?... El gato. Yo, en todas partes donde he servido, lo primero que procuro es que haya minino.

— ¡Ah! ¿Sí?

— Sí, señora. ¡Predilecciones!

— No lo sabíamos; si no, ya hubiésemos procurado que lo hubiera. Salidas de paseo, los domingos.

— A una servidora no le gusta pasear; prefiero el cine.

— Eso, allá usted.

— ¡Hay cada película!... ¿La señora ha visto *Los corazones que sangran*?

— No. Digo lo que usted antes; eso de los corazones así, para el gato.

— Pues es una película preciosa. Verá la señora: se trata de una joven, huérfana de madre y tío, y unos enmascarados...

— No me la cuente, y sigamos hablando. De modo que, salida, los domingos, por la tarde.

— Claro. Entre semana, por la tarde, de seis a ocho.

— ¿Cómo, salir todas las tardes?...

— Es para ver al novio. Una, aunque humilde sirvienta, tiene su corazoncito.

— ¡Y dale con el corazón! Aquí no sale nadie por las tardes más que yo, cuando quiero.

— ¡Ah, entonces, usted disimule; pero todo lo que hablemos está de más! Servidora.

— ¡Oiga...: es que...!

— He dicho que servidora. Como si una no tuviera derecho a tener novio! Buenas tardes.

A. R. BONNAT



Dib. ARTETA. — Bilbao.

— No se ría usted, señor Bolonio, que a un compañero suyo, también boxeador, le he insultado yo cuanto quise.

— ¿Y él no se enfadó?

— Sí; pero colgué el teléfono...

LAS FORMAS DEL AMOR

LA ÚLTIMA ENTREVISTA

Fragmento de una novela psicológica.

En el estudio del dibujante Félix Entralgo, un atardecer de otoño.

Esta tarde, Félix Entralgo espera a Hortensia. Hortensia es una amiga admiradora, atacada por el estafilococo de la aventura. Linda, simpática, es capaz de hacer la felicidad... de cualquiera que no sea su marido. Porque Hortensia es casada, mal casada, como casi todas las mujeres españolas, que tienen que soportar a los hombres más groseros del mundo.

Hortensia y Félix se han amado y han satisfecho un capricho al amarse. Ahora ambos están hartos uno de otro, y esperan que sea la de esta tarde la última entrevista.

DONCELLA. — Señor... Ahí hay una señora que...

FÉLIX. — Que pase. (La doncella se va guiñando un ojo, tal vez porque se le ha metido una china en el párpado. Otra pausa, y entra Hortensia, elegantísima, bajo un sombrero negro y su capa de marlas cebellinas. Trae un paquetito en la mano. Hortensia «se hace las cejas», las cuales están convertidas en dos líneas arqueadas y dan a su rostro, como el lector habrá observado en la mayor parte de las mujeres, la apariencia del semblante de un clown. Viene perfumada intensísimamente con «Indian Hay».)

HORTENSIA. — ¡Félix!

FÉLIX. — ¡Hortensia!... (Avanza hacia ella y la hace pasar.)

HORTENSIA. — ¡Oh!... (Y se cree en el caso de entristecerse: todas se entristecen en trances parecidos) (1).

FÉLIX. — ¿Viniste por fin?... (La primera estupidez que se articula es ésta casi siempre.)

HORTENSIA. — ¡Haces de mí lo que quieres! (Y ésta suele ser la segunda estupidez.)

FÉLIX. — ¡Dulce amor mío!... (Lo cual ya no es estupidez, sino terrible cursilería, que tampoco falla jamás.)

HORTENSIA. — ¡Félix!... ¡Félix, esto no puede repetirse!... (Frase topística en casos tales. En la primera entrevista, la dama que juega al chito con la fidelidad matrimonial, pronuncia inevitablemente estas palabras, y luego, seis años más tarde, al cabo de unas dos mil ciento treinta y siete entrevistas culpables, vuelve a repetirla. Esto tiene su explicación en ese fenómeno físico que se llama «inercia del movimiento».)

(1) Hay quien dice que es por remordimiento; no lo creo. Supongo que les entristece la pena de no haber llegado antes a la entrevista. — (Nota del autor.)

FÉLIX (que, como se ha dicho, está hastiado de Hortensia y se halla completamente de acuerdo). — Tienes razón; no puede repetirse.

HORTENSIA. — Esta de hoy será nuestra última entrevista.

FÉLIX. — ¡Sil!... ¡Nuestra última entrevista!...

HORTENSIA (con una de esas deliciosas incongruencias, en las que son maestras casi todas las mujeres). — ¡Félix!... ¿Es posible que hables así? ¡Tendrás corazón para que no volvamos a vernos?...

FÉLIX (sin asombrarse, porque sus muchas aventuras le han habituado a la incongruencia femenil). — Es preciso...

HORTENSIA (cruzando las manos con gran precaución, para no lastimarse con las sortijas). — ¡Dios mío!

FÉLIX (lleno de moralidad y buen sentido, el buen sentido y la moralidad de los amantes perseguidos por el tedio amoroso). — Tu marido es un excelente hombre, créeme; él no es acreedor a este proceder; hemos sido unos miserables, Hortensia.

HORTENSIA (que encuentra muy teatral y de gran efecto dejarse caer

anonadada y sin fuerzas en un sillón). ¡Oh, sí! ¡Hemos sido unos miserables! (Hay una pausa que resulta impresionante, porque el silencio es lo más elocuente de la palabra humana. Hortensia piensa en que, al caer en el sillón, se le ha torcido el sombrero.)

FÉLIX. — La vida ha sido muy cruel con nosotros...

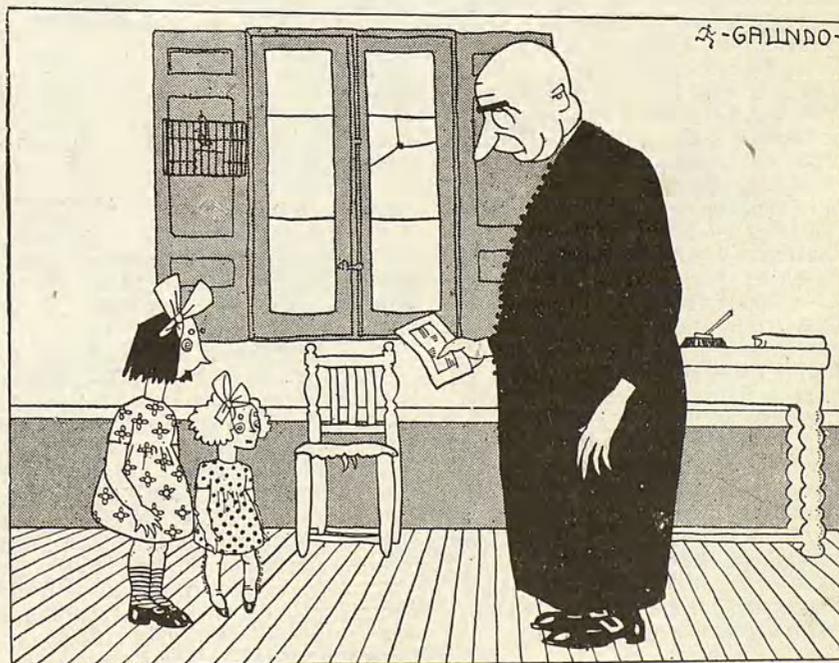
HORTENSIA (como un eco en las fragosidades de Peñalara). — Muy cruel... (Félix se sienta en otro sillón, y hay un nuevo silencio.)

FÉLIX. — ¿En qué piensas?

HORTENSIA (que no pensaba en nada, pero que comprende que debía pensar en algo). — En que nos hemos amado excesivamente para alcanzar la felicidad.

FÉLIX (escuchándose y aplaudiéndose interiormente los párrafos). — La felicidad no la da el amor, que es un concepto demasiado intrínseco. ¡La felicidad!... ¿Sabemos dónde hemos de hallarla? Nos esforzamos en hacer un paraíso de la existencia..., y la existencia no es más que un relámpago entre dos noches infinitas...

HORTENSIA (retocándose los labios ante el espejito de su bolso). — Tienes



— ¿Quién os ha dado esta estampa tan inmoral?
— El hijo del tío Roque.
— Pues ¡maldita sea su estampa!...

Dib. GALINDO. — Madrid.

COSAS DE LAS COSAS

¿Viuda alegre o mujer-anuncio?

LA CHIMENEA HUMORROTEANTE DE LA FÁBRICA (*desmelenada toda al viento*). — ¿Queréis tener una cabellera tan hermosa como la mía? ¡Usad Petróleo Gall!

LA DOÑA JUANA LA LOCA DE PRADILLA (*viendo a la chimenea contemplarse en los cristales de un mirador*). — ¡La muy coqueta! ¡Mirarse al espejo con esa pena, y delante de todo el mundo! ¡Es el colmo de la desfachatez!

Balompedismo.

EL FUTBOLISTA DE CARTEL, QUE LOS ANGARILLEROS LLEVAN EN SU SILLA DE MANOS (*deteniéndose ante los leones del Congreso*). — ¡Esto es un par de guardametas. ¡Qué parada!

Filosofía del boliche.

EL RASCACIELOS (*contemplándose fatuamente en el astalto charolado por los mangueros*). — ¡Hay que ver! ¡Es que soy la calle de pino! ¡La calle que nació de piel! ¡La calle puesta de manos!

EL ASCENSOR DEL RASCACIELOS. — ¡Soy la lámpara de la torre de Babel!

EL FAROL DEL VESTÍBULO. — ¡La lámpara de la torre de Babel! ¡En todo caso, serás el Metro de la calle puesto de pino! ¡Aquí la lámpara soy yo!

EL BOLICHE DE LA ESCALERA. — ¡Cállate tú, y no farolees! ¡Sois grandes todos..., pero todos cabéis en mí!

El saludo de la señorita Acacia.

LA SEÑORITA ACACIA (*a la torre flaca de San Manuel y San Benito*). — ¡Hola, don Espárrago! ¿A dar una vueltecita por el Retiro con su media naranja?

No se puede ser elegante.

LA CÚPULA DEL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO (*descubriendo allá lejos, por un balcón abierto, una de esas lámparas sonajeras, carillonescas, que tienen un fioco de macarrones de cristal*). — ¡El delirio! ¡Era lo único que me quedaba que ver! ¡Una lámpara presumiendo de cúpula!

LA LÁMPARA DE LOS CIENTO Y MÁS PENDIENTES (*columpiándose muy oronda*). ¡La carabal! ¡Una cúpula presumiendo de lámpara! ¡No sé adónde vamos a llegar!

El Metro se disculpa.

EL METRO. — Me trago los hombres crudos, pero los devuelvo enteros. Estoy enfermo del estómago. Perdonen, pues, que lo ponga todo perdido...

MANUEL GALÁN



Dib. ALFARAZ
Madrid.

— ¡Una limosna, caballero!

— ¿Para qué, so ladrón? ¿Para que vayas a gastártelo en vino?

— ¡Ca, no señor!... Es muchísimo mejor el aguardiente!...

razón. La vida es una aventura estúpida (1).

FÉLIX. — Y para otros, sin embargo, resulta maravillosa. (*Asombrado de las sutilezas que están diciendo*). En el fondo creo que, al buscar la felicidad, excluyendo todo elemento de adquisición difícil, como las riquezas, el amor, los honores, tiene razón Epicuro.

HORTENSIA (*patinando*). — ¿Epicuro es algún señor amigo tuyo?

FÉLIX (*a quien su congénita delicadeza le prohíbe tirarle a Hortensia un pisapapeles*). — Sí; es un amigo mío.

HORTENSIA (*pensando en Epicuro como en un posible sustituto de Félix*). — ¿Dónde vive?

FÉLIX (*contento, porque adivina la intención de la pregunta*). — En Boston.

HORTENSIA. — ¿Qué es?

FÉLIX. — Fabricante de chanclos.

HORTENSIA. — ¡Huy, qué raro!

FÉLIX (*considerando que su mujer va a volver de un momento a otro*). — Es tarde; tendrás que irte, Hortensia...

HORTENSIA (*suspirando sin ganas y levantándose*). — ¡Ayl... Si... (*Tendiendo su mano a Félix*). ¡Amigos!

FÉLIX (*estrechándola*). — De siempre.

HORTENSIA (*llorando, para lo cual se ha visto precisada a pensar cosas tristes*). — Adiós, Félix...

FÉLIX. — Adiós, Hortensia...

(1) Ya hemos quedado en que todas las damas tienen que retocarse los labios en estas entrevistas. — (N. del A.)

HORTENSIA. — Adiós... (*Piensa hacer mutis sin dejar de mirar a Félix, lo cual es preciso reconocer que resultaría muy delicado; pero no mide bien las distancias y se da un golpe con el marco de la puerta*). — ¡Ayl!...

FÉLIX. — ¡Atíza! (*Hortensia se va sin volver el rostro. Una pausa que dura veinte minutos. De pronto, repiquetea el timbre de la puerta, y segundos después entra en el estudio Ana Cecilia, la mujer de Félix. Viene muy contenta.*)

ANA CECILIA (*entrando*). — ¡Ya estoy aquí! (*Deteniéndose de pronto y arrugando las naricillas*). ¡Chico, Félix! Aquí huele un horror a perfume... Aquí ha estado una mujer...

FÉLIX (*sonriendo con expresión de idiota*). — ¡Qué cosas dices! ¡Una mujer!... ¡Mira que una mujer!... (*Su mirada vacilante se detiene en el sillón donde estuvo sentada Hortensia, y en el que ha quedado olvidado el paquetito que ella traía, y en cuya envoltura se lee: «INDIAN HAY, EL REY DE LOS PERFUMES.» El dibujante se tranquiliza*). ¡Tontinal! Aquí no ha estado ninguna mujer. Es que he ido un momento a la calle de Peligros, y te he comprado este frasco de esencia... (*Le da el paquetito.*)

ANA CECILIA. — ¡Qué bueno eres!...

FIN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UN AÑO ENTERO EN VENECIA

Eduardo Marquina estrenó en Eslava *Una noche en Venecia*. Aparte de sus versos sonoros e inspiradísimos, la obra en sí tiene un carácter de divulgación que la hace acreedora a toda suerte de elogios. No hay libro de viajes, incluyendo los clásicos y terminando en *Los tres meses en el país del arte*, de Blasco Ibáñez, que nos ilustre tanto sobre la poética y húmeda ciudad como esta comedia del ilustre Marquina.

¡Cuántas y cuán extrañas cosas suelen suceder en Venecia durante el transcurso de una noche! A la ligera, enumeremos: llegar de Aragón; querer olvidar un cariño; atizarse para el cuerpo un bebedizo; enamorarse de la mujer de un policía; confundirla con la hija de un judío y pasar unas horas con ella, en tanto se deshace el error; deshacer la equivocación; encontrar en un antro repugnante a la mujer amada; que se enamore del héroe una mujer más; que venga el policía; que haya un desafío; que luego no lo haya; que vuelva a haberlo; que una mujer intente el sacrificio por su amor incipiente; que lleven al hombre preso; que lo condenen a muerte; que el carcelero se muestre sentimental y le amargue las horas de cautiverio; que vaya a interesarse por el reo la tercera enamorada; que vaya la segunda a lo mismo; que soborne a los centinelas; que descansa la víctima un rato largo; que se haya preparado una fuga; que narcoticen al caballero; que lo rapten, y... que se acabe la comedia.

¿Dudan ustedes? Pues yo doy mi palabra de que todo eso pasa en Venecia.

Claro es que ello debe de tener una explicación que en la obra no se da; pero que se cae de su peso.

En Venecia las noches son muy largas. Tan largas, que permiten el normal desarrollo — en verso y todo — de cuanto antes referimos.

¡Y ya ven ustedes si es curioso que en una ciudad del Mediodía ocurran fenómenos que sólo suelen darse en los extremos árticos!...

¡Lo que no sepa un poetal!...

LAS ALAS Y LOS BRAZOS ROTOS

No menos interesante que la comedia anterior es la titulada *Las alas rotas*, original de Pedro Muñoz Seca. Y así como en Venecia suceden los más extraños y arbitrarios episodios, aquí, en la vida de Germán, protagonista de la comedia estrenada en el teatro del Centro por el insigne Enrique Borrás, ocurren los más inexplicables sucesos que uno pueda imaginar.

Porque el hecho de enamorarse de una titiritera ambulante no tiene nada de extraño, como tampoco lo tiene el

que por esa titiritera se desafien los dos artistas que la acompañan, y aun que diriman sus contiendas a golpe de navaja... ¡Pero lo otro!...

Un hombre enamorado de una acrobata puede intentar la fuga con ella; es lícito también que pretenda ensayar acrobacias para ganarse la vida por el mundo cuando acompañe a su amada. ¡Tantas cabriolas tenemos que hacer unos y otros con el fin de justificar el cocido!...

¡Y, sin embargo, señores de mi mayor consideración!... ¿Puede tolerarse que, mientras uno intenta realizar ejercicios arriesgados, haya otra mujer dedicada a la cruel tarea de procurarnos la rotura del bautismo? ¡Pues ésta es la trama de la comedia!

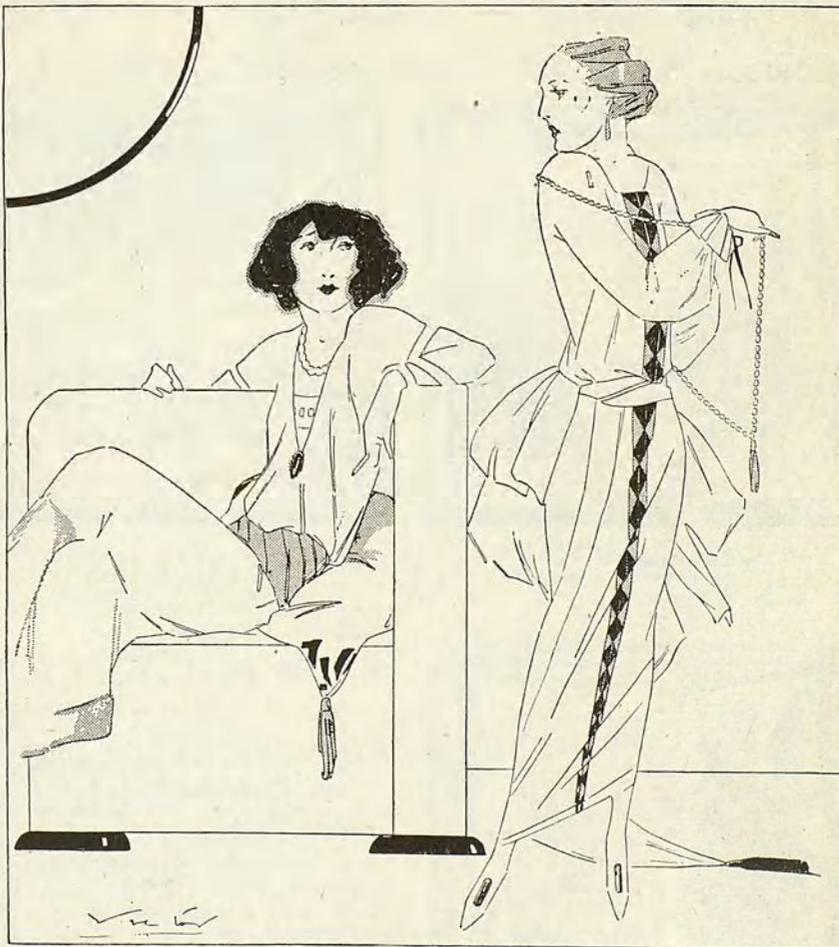
Germán, enamorado de Rebeca, cuelga de una rama de un árbol un toscó

trapezio con el objeto de ensayar, según antes dijimos. ¡Y llega la dama joven, y, sin consideración alguna, desgaja la rama, y cuando comienzan los ejercicios acrobáticos, Germán se pega una *morrada*, a consecuencia de la cual se fractura el brazo y la clavícula! ¡Bonito número!

Menos mal que ella se justifica diciendo que se le ocurrió tal idea para evitar que su amado pudiera fugarse con la titiritera. Y éste es el símbolo al que responde el título *Las alas rotas*.

Nosotros hubiéramos titulado la comedia *Caida con fractura*. Y el alón se lo hubiésemos roto a la ciudadana que se atrevese a inmiscuirse de modo tan criminal en nuestras especulaciones sentimentales... ¡Vaya con la niña!...

José L. MAYRAL



Dib. VICTOR. — Madrid.

— ¡Qué bonito traje, chical! ¿Lo has encargado a Viena?

— ¡No, hija, no! A Viena encargo el pan...



LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

POR ROBLDANCO Y LÓPEZ RUBIO



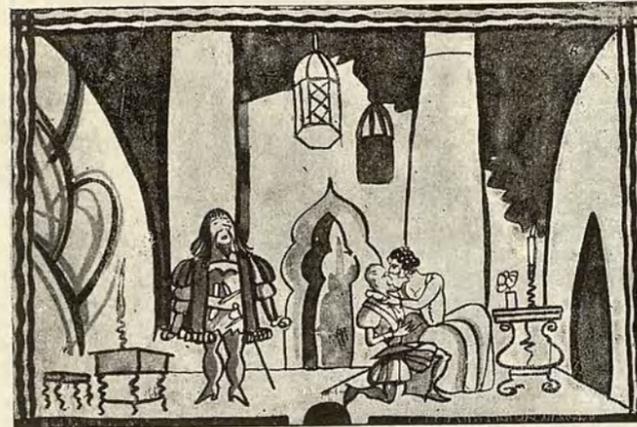
ESLAVA.—"UNA NOCHE EN VENECIA", de Eduardo Marquina.



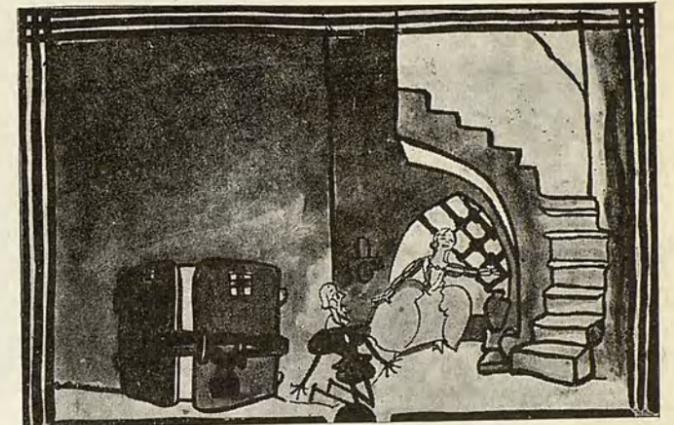
ACTO I — ¡Oh, qué filtro envenenado en la copa que he bebido!... — Fero, chica, ¿qué le has dado? — Pues la copa del olvido...



ACTO II — Tras su risa voy de prisa, y le doy mico a la hebrea. — Pero, García, esa risa... ¿Quién es la que carcajea?



ACTO III — Él en Laura busca el premio de un coloquio delicioso; pero en esto llega Artemio, que no es Artemio Precioso.



ACTO IV — Sea a la barca arrojado el muerto al nacer el día... — ¡Carcelero! Te has colado, que es la barca de García.

CÓMICO.—"LA CONQUISTA DEL MUNDO", de Luque, Soutullo y Vert.



I.— Catorce trajes baraja, y eso a Bori no le apura. Primero sale de maja y luego sale de cura.

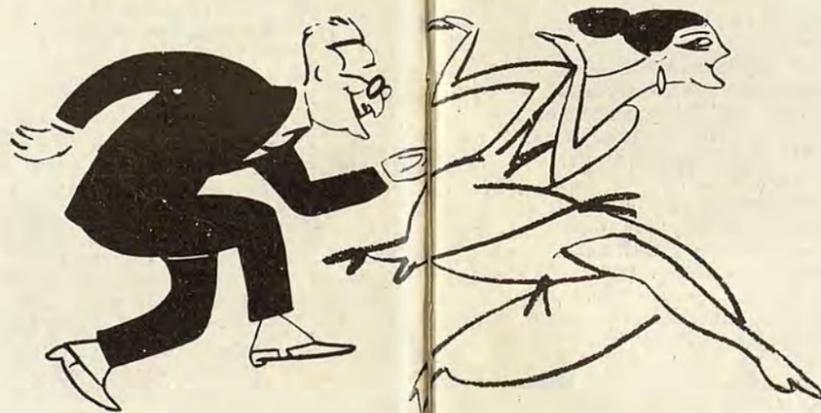


II.— No dudes, aunque te asombre, de lo extraño de mi rito. ¡Yá no eres príncipe, hombre! ¡Tú eres el sastre Feito!



III.— ¡Ya nos vamos a Madrid! ¡Se salvaron nuestras vidas! Y también triunfa Feito, gracias al paracaídas.

ZARZUELA.—"LA ROSA DE STAMBUL", música de Leo Fall.



Eugenia Zuffoli y Ramón Peña en uno de los valeses.

¿Cuál de los dos lo hizo menos clásico, y, por tanto, más humano, más flexible, gallardo y calavera? A ése, sea el que fuere, debe imitar todo actor que se estime en algo que quiera hacer el Tenorio. A ése, sea cual fuere, debe seguir el Sr. Martori cuando tenga que decir versos.

Digamos en su descargo que el papel es frío y no tiene relieve; pero no lo digamos muy alto, porque es un descargo y no una justificación.

Digamos también, y esto en justicia, que la caracterización del Sr. Baena fué lo mejor de la representación de *Una noche en Venecia*.

ZARZUELA Y CÓMICO

La situación musical.

Unamos, aunque opuestas totalmente, *La conquista del mundo* y *La rosa de Stambul* en lo único que tienen de común: en las exigencias de la situación musical, inherentes a toda obra lírica.

La rosa de Stambul es una opereta vienesa, un poco retrasada su importación, en la que el compositor necesita hacer valeses, muchos valeses, inundar, o salpicar más bien, la obra de valeses retozones. Esto obliga a cortar la acción natural del libro para que los intérpretes rompan a bailar desafortunadamente. El libretista

tiene que coger incidencias por los pelos, como lo del baby, que es un número muy gracioso y muy bien interpretado, para ofrecérselas al músico y decirle:

— Para que haga usted un vals.

Entendamos bien que esto no es un defecto, sino una necesidad del género, y que gracias a ello acude la música muchas veces como auxilio, sostén o salvación del libro. Son intereses creados, auxilio mutuo, como el de la anémona y el paguro, que se estudia en Zoología.

En *La conquista del mundo*, graciosísimo viaje cómico de Fernando Luque, hay que servir también la situación musical, y en el viaje cómico español viene de perlas un chotis madrileño. Los músicos lo piden con verdadera ansia, y para complacerles se acude a la escena en que, cuando los protagonistas están en Londres o en el Cairo, dicen estas palabras:

— ¡Ayl... ¡Madrid!... ¡Quién estuviera ahora en Madrid!

— ¿Te acuerdas del chotis?

— ¡Con toda mi alma!

— ¡Nos marcamos uno?

— Pero que ahora mismo...

En este caso el Sr. Luque da ocasión a que los señores Soutullo y Vert intercalen un chotis que se canta tres veces cada noche, y que completa la labor del libretista, dándole la consistencia y el equilibrio necesarios a las obras de letra y música.

CENTRO.—"LAS ALAS ROTAS", de Muñoz Seca.



I.— Está chafando a Daniel, y lo que hace no tie nombre. Pero el que me gusta es él. Si que me gusta. ¡Es mi hombre!



II.— Me fugué de la prisión y vengo en busca de ti. ¡Aprovecha la ocasión y vámonos por ahí!

CENTRO

Teatro de receta.

Nosotros admiramos al Sr. Muñoz Seca por sus excelentes condiciones, y nos parece injusto que haya quien le niegue la sal y el agua — aquí la sal de la gracia y el agua de la fuente intelectual —; sentimos mucho que el Sr. Muñoz Seca dé ocasión a sus enemigos para que digan cosas muy poco agradables. *Las alas rotas* son una ocasión, y quien quita la ocasión...

No se pueden hacer los dramas como las recetas de farmacia: «De sermón de cura... tanto; de campesinos andaluces... tanto; de situaciones melodramáticas... tanto; añádate a esto tipo de mujer mala y tipo de mujer buena, algo de chistes, y mézclase según arte.»

Quien da todo cuanto sabe, no debe estar obligado a más; pero quien quiere abarcar un género distinto, pasando matute y teniendo mejores productos en almacén, merecería la reprimenda que no tuvo el señor Muñoz Seca por parte del público la noche del estreno de *Las alas rotas*.

Consignemos que María Cancio, Ruiz Tatay y Mejejo son tres actores formidables; que Borrás no puede hacer ya mozos inexpertos, y que el traje que viste y los detalles con que se adorna la señora Barroso en los dos últimos actos están muy lejos de la realidad que debe presidir en toda obra dramática.



III.— Con el otro, que la quiere, se marcha la que tú amas. Y ésta, que por ti se muere, es la que anda por las ramas.

"BUEN HUMOR" EN PARIS

(Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado)

LIV

Si este indigno servidor de ustedes hubiera sabido las molestias que le iba a irrogar su viaje de regreso a París, en estos nublados días que ahora corren para satisfacción de la Historia, a buen seguro que no se hubiese movido de la *rue Bleue*, donde se halla situado el desvencijado hotel que últimamente ha tenido el exagerado honor de albergar sus huesos y la escasísima carne a ellos adherida.

Pero, ¡ahl, queridos amigos, galantes lectores y gloriosos mártires de esta prosa que yo elaboro (que es una desdicha, pero que no encuentro manera de mejorarla de calidad); la patria le tira a uno de vez en cuando; la familia le echa de menos; le echan de menos los amigos; le echa de menos el panadero (éste siempre, y, por lo menos, doscientos gramos de menos); le echa el camarero del café en que uno tiene la tertulia; le echa el echador, y a veces le echa hasta el casero... Y, ¡claro!, se impone una vueltecita por España, un beso a los niños, lo que quiera a la esposa (si lo que quiere es lícito y económico) y un saludo efusivo a los cono-

cimientos más entrañables. Se va uno un par de veces al teatro a divertirse con los últimos estrenos (¡que te crees tú eso!); oye uno un par de discursos de Francos Rodríguez, si da la casualidad de que habla en esos días (¡que si que da, no faltaba más!), y ya puede uno volverse a París con materia suficiente para referir unos cuantos cuentos tártaros a las amigas *coquêtes* y a las ídem *cocottes* que en París le honran a uno (o viceversa) con su confianza y aprecio.

Pero, como he dicho al principio, yo no me podía figurar que mi retorno iba a ser una cosa tan laboriosa, tan accidentada y de tan enormes peligros y tan amargas penalidades como ha sido. ¡Sí, amables señores míos: yo no calculé que ahora están saliendo de España, con destino a países desconocidos y extranjeros, una de ex concejales, ex caciques, ex secretarios de Municipios, políticos chicos y alguno que otro grande, que realmente mete miedo..., y mucho menos pude pensar que mi modesta figura iba a ser confundida en Francia con las de esos gloriosos paladines de la patria que por ella se han sacrificado, y que no se siguen sacrificando por

que no les dejan!... Y, sin embargo, en Hendaya me tomaron por Ventosa, en Burdeos me confundieron con *Bruno*, y en Angulema se me descubrió un factor diciendo: *¡Sans adieu, monsieur le ministre!* (No sé a cuál de ellos se referiría, aunque debo advertir que me hace la pascua por igual que me tomen por cualquiera de ellos, con la sola excepción de Romanones, que tiene en Francia bastantes amigos, y a quien le dan las cosas muy baratas, porque, aun dándoselas a bajo precio, le cuesta trabajo pagarlas.)

Y si todos hubieran sido tan afectuosos como el factor de Angulema, la cosa no hubiese sido, en suma, más que una miajita molesta; pero es que, de Angulema para arriba, y según nos íbamos acercando a París, las caras de los compañeros de departamento se ponían atroces de foscas al mirarme; las señoras y señoritas no me sonreían con la picaresca gracia que de costumbre, y el revisor se rascaba la oreja, como diciendo: «¿Se habrá escapado de alguna cárcel, y será sólo un concejal, o será más?...» Y aunque yo no sé qué puede ser uno en el mundo para que, al faltarle a uno, crean que es todavía *más* que concejal, no protesté del mal pensamiento del humilde funcionario de los ferrocarriles galos, y únicamente rogué a Dios que perdonara a mis ofensores y que apresurase todo lo posible la marcha del tren para abreviar mi suplicio.

Y Dios me oyó. A los tres minutos el tren corría con más precipitación que un cacique perseguido por una Comisión investigadora.

Al llegar a París respiré. En París no se preocupa la gente de que uno se haya fugado de España con unos fondos municipales. Lo único que desean saber los parisienses es si lleva todavía bastantes fondos de éstos y si se los va a gastar allí hasta el último céntimo... Y entonces, *enchantés!*

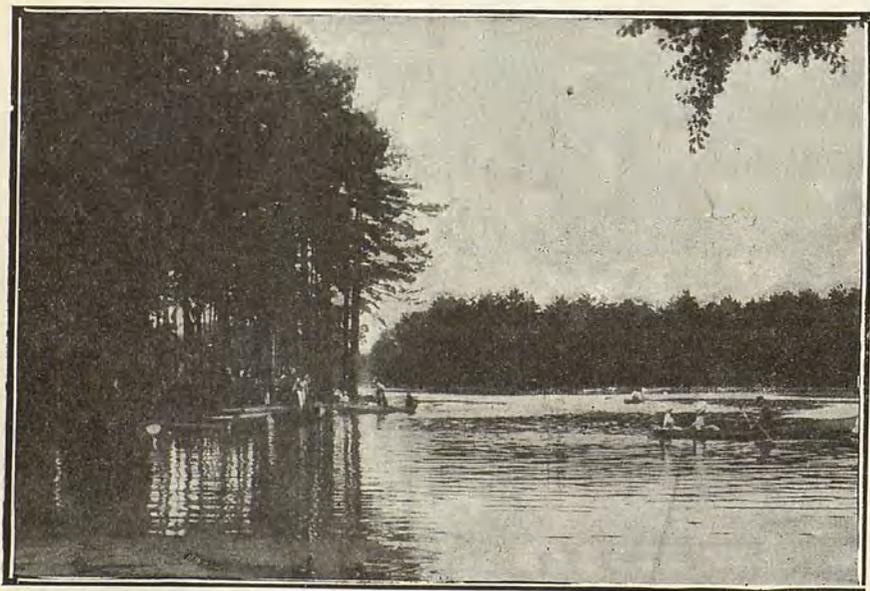
Y cuantos más fondos lleve, mejor.

París, para *limpiar fondos*, es un acoirazado de primera clase.

No obstante, he de reconocer una cosa: que, por lo que a mí se refiere, me limpian muy poquito, porque cada vez que penetro en su elegante recinto llevo ya más limpio que una patena...

LV

Acabo de presenciar un espectáculo originalísimo, agradable, moderno, emocionante, curioso y muy barato. No me ha costado más que levantar la cabeza, tarea que para mí es fácil, aunque para Santiago Alba, por ejemplo, es im-



EL GRAN LAGO DEL BOSQUE DE «BOULOGNE»

Precioso paraje del elegante bosque, donde los aficionados a las delicias del embarque y navegación en botes pasan unos grandes ratos. En este estanque no está mal visto meter el remo, ni es raro que se meta la pata, pues ayer mismo vi yo meter cuatro patas acompañadas de cuatro patos (sus distinguidos esposos) y de unas hermosas patillas (sus idolatradas hijas). El dinero que se recauda de los paseos en bote va a parar al Ayuntamiento, que, aunque chupa de cada bote, no malversa los fondos, dicho sea en elogio de su moralidad.

posible (¡todos estamos segurísimos de que Alba ya no podrá levantar la cabeza nunca jamás, amén!)

Pero yo sí, como ya he tenido la amabilidad de decírselo a ustedes, y por eso he podido ver, cómodamente parado en una acera del bulevar de Montparnasse, las evoluciones fantásticas de un aeroplano que, soltando por la cola una columna de humo negro, escribía en el aire estas palabras sintéticas con el indicado humo:

VISITEZ LE PALAIS DE GLACE

No pueden ustedes figurarse lo bonito que resulta ver en el cielo un anuncio de esa naturaleza, lo conmovedor que es el sacar la consecuencia de que las palabras no se las lleva el viento tan rápidamente como dice el refrán, y lo atrevido del trabajo del aviador escribiendo en el aire, y con buena letra por añadidura, cuando yo, y otros como yo, ni sentados en un regio sillón podemos escribir regularmente si quiera.

Me ha sorprendido el invento, y me ha tenido con la boca abierta un cuarto de hora (aunque es conveniente decir que yo acababa de salir del restaurante, y en París, cuando se sale del restaurante, es cuando se tiene más facilidad para que se le abra a uno la boca); y he pensado, con profunda pena, que si eso de escribir en el aire por medio de un aeroplano se hubiese discurrido durante la Grandísima Guerra, se habrían podido evitar muchas barbaridades, muchos bombardeos nocturnos y muchos sustos a las personas que tenían el sueño agitado.

En efecto: si los alemanes hubieran tenido unos cuantos aeroplanos para escribir en la atmósfera, en vez de arrojar bombas sobre París, podían haberse presentado un buen día con un aparato y haber dejado grabadas en las nubes estas palabras:

SOIS UNOS TALES Y UNOS CUALES

A las tales y cuales palabras podían haber contestado inmediatamente los franceses enviando otro aeroplano sobre las líneas alemanas que hubiese escrito a su vez sobre los claros celajes el ofensivo concepto siguiente:

COCHONS!

Que, como los alemanes no lo hubieran podido tolerar mansamente y sin una enérgica y rapidísima protesta, habría tenido contestación adecuada por medio de un nuevo aeroplano que, hasta esmerándose en una formidable letra



LA «RUE LAFAYETTE»

Importante y bien ventilada calle parisiense, en la que, además de estar situada la redacción de nuestro querido colega Le Petit Journal, se da un curiosísimo fenómeno que no tengo más remedio que referirles a ustedes para que se queden estupefactos. En esta conmovedora vía pública, y cuando hay sol (¡es decir, de día..., y de día que esté claro, porque si no está claro, está claro que no hemos dicho nada!); pues cuando hay sol, en una de las aceras hay sol, pero en la otra hay sombra. Y como veo que ustedes ponen en duda mi afirmación, les advierto que la prueba plena la tienen en la fotografía, en la que pueden ver que en la acera de la izquierda hay un sol esplendorosísimo y que en la de la derecha hay una bestialidad de sombra. Donde no hay ni pizca de sombra es en todo lo que acabo de escribir ahí arriba; pero ¡qué le voy a hacer!... ¡Crean ustedes que lo siento, y que lo siento en el alma! ¡Otra vez será!...

gótica, podría haber arrojado sobre París esta flamígera y detonante amenaza:

¡¡SI POINCARÉ ES CASTIZO,
QUE NOS DIGA ESO EN LA CALLE!!

Y así sucesivamente.

¡Calculen ustedes las cosas que se habrían podido decir unos y otros; las veces que se habrían desahogado del furor que les corroía las entrañas, sin peligro de coger unas viruelas de la sofoquina; los trapos sucios que hubiesen sacado a relucir, los chismes de vecindad que se hubieran hecho públicos y lo que nos hubiésemos reído los neutrales!

Por desgracia, el invento ha llegado tarde, y, hasta la fecha, sólo sirve para anunciar espectáculos, balnearios, específicos y casas de juego. Sin embargo, yo le encuentro un gran porvenir: confío en que se llegará con eso a poderse anunciar el mal tiempo. Colocado el aeroplano a cinco mil metros de altura y con la precaución de hacer las letras más gordas, podrá el aviador escribir avisos como el que sigue:

¡SACAD LOS PARAGUAS!
¡DENTRO DE CINCO MINUTOS LLOVERÁ!
¡¡AQUÍ YA CHISPEA!!

Y no hablemos de lo cómodo que resultaría el procedimiento en España, donde casi nadie lee los periódicos, para hacer públicas ciertas disposiciones del Gobierno, que podrían leerse en las nubes desde lo profundo de la Puerta del Sol.

¡Qué encantadora y qué agradable nos iba a parecer a todos los madrileños la siguiente disposición, escrita por el monoplano desde las más transparentes nubes de las tornasoladas alturas:

EL PAN Y LA CARNE,
QUE HASTA AYER ANDABAN POR AQUÍ,
BAJARÁN MAÑANA MISMO

La ovación del pueblo sería de padre y muy señor nuestro..., y no digo de padre y muy señor mío, por una razón sencillísima: porque en París estoy aprendiendo galantería, y es lógico que lo que es mío sea también de mis lectores y amigos, a cuya completa disposición lo pongo desde ahora.

Y les ruego que no me den ustedes por ello las gracias, porque pueden tener la completa seguridad de que no se las tomaría de ninguna manera.

ERNESTO POLO

París. — Hôtel du Paradis. — Noviembre.

EN EL CIRCO AMERICANO HOMENAJE A RAMÓN CRONISTA DEL CIRCO

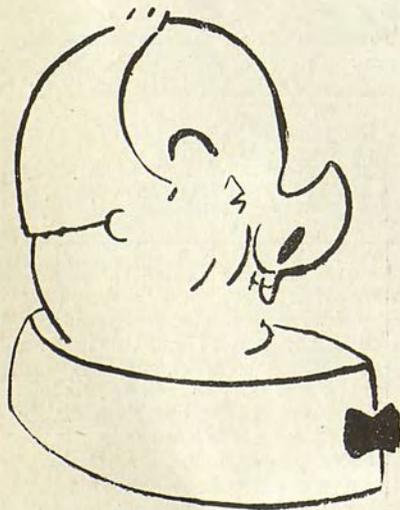


Ramón Gómez de la Serna lee su discurso subido en el trapecio.

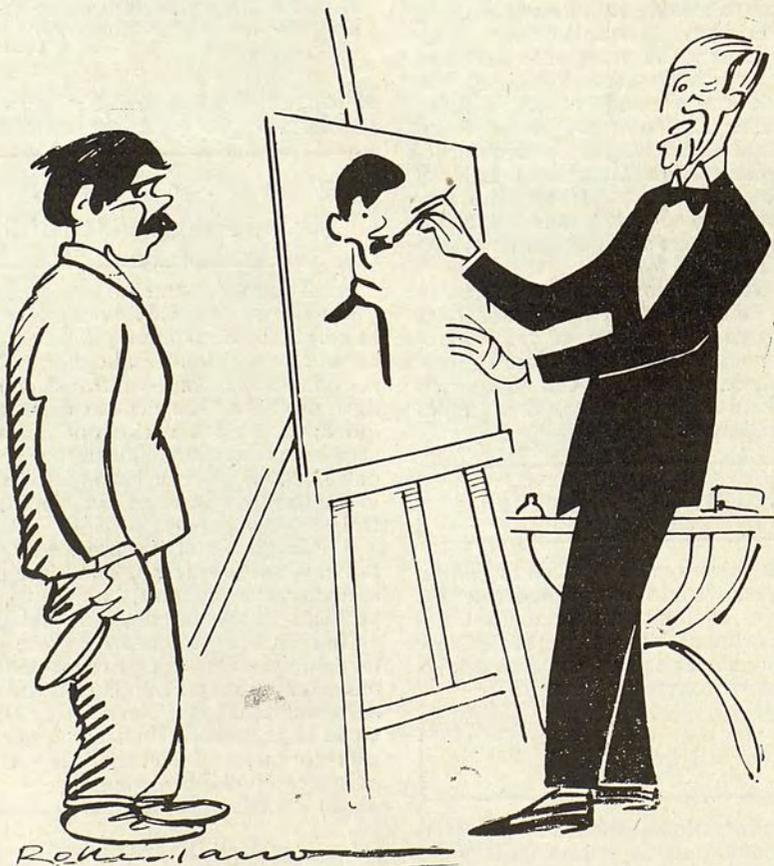
El circo ha ofrecido un homenaje lleno de jovialidad y simpatía a su cronista oficial, Ramón Gómez de la Serna, que leyó un delicioso discurso, desde lo alto de un trapecio, vistiendo un frac «recién hecho», salpicado de hilvanes y etiquetas. Gutiérrez de Miguel, que ofreció el homenaje; Pérez Zúñiga, que escribió unas poesías para que las leyese el clown Thedy, y Sancha, que hizo caricaturas al público con admirable acierto, colaboraron al feliz resultado de esta fiesta cordialísima.



V. Gutiérrez de Miguel, que ofreció el homenaje.



El popular Thedy, que leyó los versos de Pérez Zúñiga.



Sancha hace caricaturas al público.

APUNTES DEL NATURAL, por Robledano.

LA VERJA DEL PALACIO

(Cuento ferruginoso, si que también extravagante.)

I

Entre los labradores más distinguidos de Valdelombrices del Obispo figuraba un tal don Guillermo Porponer, que, además de tener abundantísimos granos en el término (y en el cogote), dominaba en absoluto al alcalde del pueblo, a los de los pueblos vecinos, a quienes, como cacique máximo de aquella zona, miraba por encima del hombro, aun a costa de quedarse bizco y con torticolis.

El tal don Guillermo poseía en el mejor sitio de la localidad un magnífico palacio, cuyos vetustos detalles de construcción y de ornamentación quiso sustituir por otros más a tono con los modernos gustos y con las costumbres actuales, y una de las alteraciones que el suntuoso edificio hubo de sufrir recayó precisamente en su entrada, que, si hasta entonces había consistido en un grande y antiguo portón de madera reciamente claveteada y llena de cuarterones, después fué reemplazado por una elegante puerta de hierro dulce, compuesta de barrotes, flejes, aplicaciones y filigranas que la elevaban a la categoría de monumento férreo, en el cual el arte y el dulzor lograron hermanarse, para ser encanto del vecindario y asombro de los forasteros; porque, aparte de la puerta otomana y de la Puerta del Sol, no recordaban otra puerta más notable que la del señor Porponer en Valdelombrices del Obispo.

II

El referido pueblo tenía su escuela, y la escuela, su maestro correspondiente. ¡Pero qué maestro!... La momia de San Isidro, comparada con él, resultaría una conglomeración de Mesejo y Ortas, porque el peso bruto del infeliz no excedía de trece kilos y medio. ¿Causa de esta deficiencia? Puede imaginársela el pio lector: la escasez de alimentos, debida a la cortedad de la retribución oficial, a pesar de que actualmente cobran los dómines con mayor puntualidad y con más largueza que en los tiempos en que el maestro de escuela y el cesante representaban en comedias y en artículos el lamentable papel de símbolos del hambre aterradora.

Y menos mal que el tal dómine, llamado Secundino Robledillas, no tenía más hijos que un gato cojo y un mirlo-

manco. Y si no eran hijos materialmente, como a hijos los querían Robledillas y su consorte.

La situación en que se hallaban éstos era verdaderamente angustiada. No les quedaba por empeñar ni aun su palabra. Comerse los codos no se los comían, porque nada tenían de sustanciosos, y el mirlo y el gato les inspiraban compasión como sustitutivos de la patata; pero más de cuatro cartillas con salsa de tomate fueron en distintas ocasiones su recurso alimenticio.

III

Uno de los días en que la inanición parecía dar fin del matrimonio docente, y éste había despedido con cajas escalofriadas a un confitero trashumante que solía perder el tiempo ofreciéndoles a muy altos precios las golosinas de sus arcas, fijóse casualmente don Secundino en la nueva puerta de hierro dulce que había colocado el cacique de Valdelombrices del Obispo en su estupendo palacio, enterándose por el portero del mismo de la dulcísima condición que tenía la verja de la entrada.

— Oye, Veneranda — dijo el maestro a su mujer en cuanto la vio —. Acabo de hacer un descubrimiento colosal.

— ¿Pero tú eres capaz de eso, Secundino mío?

— Sí, querida. La Providencia, en colaboración con don Guillermo, nos ha proporcionado postre para mientras existamos. La nueva puerta de su mansión señorial es de hierro dulce. Hace más de dos meses que no catamos el postre. ¿No te parece bien, Veneranda de mis ojos, que después de la cena, cuando nadie circule ya por las calles del pueblo, nos aproximemos por turno y sigilosamente a la puerta de hierro y nos consolemos lamiéndola cual perritos regalones?

— De perlas me parece tu proposición, Secundinete de mi alma. Nunca el señor de Valdelombrices nos dió con la puerta en los hocicos... ¡Ahora vamos nosotros a darle con los hocicos en la puertal... ¡Qué circunstancias surgen en la vida!...

— Es cierto, mi entrañable Veneranda. Ahora bien: ¿quieres que esta noche misma inauguraremos el postrecito?

— Sí, maridín mío. Tú comenzarás a lamer la verja, y cuando hayas logrado satisfacer tu capricho, continuaré yo hasta que el dulce me empache, o hasta que, en medio de la densa oscuridad, notemos la llegada de algún importuno que nos deje a media ración... ¡Lástima que las noches de luna tengamos que quedarnos sin postre, como los niños cuando son malos!...

IV

Florinda, la segunda doncella de don Guillermo Porponer, muchacha tan bella de facciones como alegre de cascos, permitíase la libertad de sostener íntimas relaciones con el hijo del sacristán, y siempre que podía abandonar el palacio con el pretexto de cumplimentar algún mandato, se reunía con el novio, y juntos permanecían en la intimidad que buenamente les era posible. Pero llegada la noche, aquella especie de señor feudal, que tenía a los valdelombriceses en un puño (no sabemos en cual), mandaba cerrar a piedra y lodo todas las puertas del edificio, y a las diez en punto no se oía una mosca (ni una sola) en el reformado palacio.

Solamente Florinda, la doncella, valiéndose (qué indinal) de una llave, tan falsa como ella, que tenía guardada en la cocina,

se permitía salir al jardínillo de entrada, y desde la parte



Dib. STRAESSLE. — Madrid.

EL JUEZ. — Como usted sabrá, tiene derecho a solicitar una cosa, algo, que no sea la vida.

EL CONDENADO A MUERTE. — Sí, señor juez. Quisiera aprender alemán...

interior de la puerta de hierro, permanecía largo rato con la boca pegada al ojo de la cerradura conversando con su hombre (*sito* en la parte exterior), en la seguridad de que por aquellos contornos no había de pasar bicho viviente.

V

Era una noche oscurísima.

A su lado, la boca de los lobos, la tinta de los calamares y el alma de los usureros parecerían arañados orlados de chantillí. No se veía nada por más esfuerzos que se hiciese.

Ni estrellas piadosas ni bombillas eléctricas acudían en auxilio de los escasísimos transeúntes que hollaban con sus patas las tortuosas calles de la villa.

Únicamente por el olor o por el tacto podíanse apreciar los objetos, y era verdaderamente difícil andar por el pueblo sin zamparse de hoz y de coz en una zanja o sin romperse las narices contra una esquina.

No obstante las absolutas tinieblas e n que aquella noche se hallaba sumido el miserable lugar, don Secundino, aga-

rrando del brazo a la maestra consorte, mientras comenzaban a hacer la digestión de un puñado de espliego con aceite y vinagre y unos trozos de cordilla que habían partido con el gato, salió en busca del consabido postre, dirigiéndose a tientas hacia el no lejano paraje donde se encontraba el palacio de la dulce puerta.

Dando tumbos, pero sin parar mientes en ello, por el ansia que les inspiraba el dulzor del hierro (¡oh ilusiones engañosas de la vidual), llegaron el dómine y la dómina a la nueva puerta con más afán que nunca de lamerla de arriba abajo.

El hijo del sacristán, en la inclinada forma en que un cuerpo se pone cuando liba el agua de un abrevadero, se hallaba en aquel instante con el hociquito pegado a la cerradura de la verja, procurando introducir su lengua por el ojo en pecaminosa combinación con el ser amado, para recibir de él un caramelo, cuando don Secundino, acercándose de puntillas, como todas las noches, al sitio de costumbre, notó, al poner la lengua en él, que no era el hierro frío y

duro lo que tropezaba, a la vez que recibía una patada en el bajo vientre que le hizo ver las estrellas (aunque no las había) y retroceder asustado hacia el punto donde le aguardaba su impaciente esposa...

VI

En tanto que el hijo del sacristán continuaba en sus expansiones amorosas con Florinda, después de haber soltado inconscientemente la coz a don Secundino, creyéndole un perro noctámbulo que se acercaba a lamerle por detrás, el pobre goloso de instrucción primaria caía en los brazos de su Veneranda (no menos *laminera*, como dicen los baturos), y le decía, todo tembloroso, contentiéndola en su comenzado avance hacia la verja, esto, que casualmente cayó en verso, aunque no cayera en el vacío:

«— ¡No des un paso más, esposa mía!
¡Detén tu lengua larga,
y aun cuando el ayunar nos contraría,
no llegues a la puerta, que hoy amargal...»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

HUMOR RETROSPECTIVO

EL NUDO Y EL RUSO DE SELLÉS

Cuando Benavente estaba muy lejos de participar en los beneficios de la dinamita y de llegar con ello al verdadero *Estocolmo* de la dicha, tuvo la ocurrencia de disparar contra el autor de *El loco Dios* dos frases detonantes:

— La perilla de Echegaray — dijo un día — es la llama de su genio; pero como lo tiene agotado, la lleva a la funeraria.

En otra ocasión lanzó al mundo de las letras esta fatídica profecía:

— Los dramas de Echegaray serán los sáinetes del porvenir.

Por lo visto, el ingeniosísimo suegro de la Téllez no quiso incluir en su vaticinio los dramas de Sellés.

Y yo pregunto: «¿Puede darse por cumplida la predicción de Benavente?»

Ya lo dijo el inspirado director del Banco Hipotecario y dignísimo autor de *La pesca*, D. Gaspar Núñez de Arce:

«Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato.»

No es extraño, pues, que las obras dramáticas envejecan; bien es verdad que muchas chocean desde la cuna; quiero decir, que hay dramas que nacen sáinetes, como hay Papas que salen trompetas.

Recuerdo que, cuando se estrenó *El nudo gordiano*, de Sellés, los intelectuales de la quinta de Castelar afirmaron unánimemente que el *nudo* de don Eugenio era un drama perfecto, o, como

rezaba el título de su parodia, *Un nudo morrocotudo*.

Sin embargo, Fernández y González, que, ya viejo y casi ciego, había asistido al alumbramiento, supo apreciar la obra en su justo valor y hacer su severa crítica en un frase seca y tajante.

El drama de Sellés, como es sabido, es un drama de adulterio. En el primer acto, el marido sorprende a la esposa en flagrante infidelidad, y al final del último, cuando la adúltera, aburrida de tanta retórica, se decide a najarse, el marido se remanga y la mata de un pistoletazo. Como se ve, entre el ultraje y el castigo media la biblia en verso.

Terminada la representación, Sellés, reventando de gozo, recibía felicitaciones y parabienes de amigos y admiradores. Sólo el adusto autor de *Men Rodríguez de Sanabria* permanecía, en un rincón del saloncillo, reservado y silencioso. Alguien que le conocía y que adivinaba por su talante que el drama no había sido de su agrado, le tiró de la lengua preguntándole:

— Y a usted, insigne don Manuel, ¿qué le ha parecido la obra?

Y despectivo, desdeñoso, olímpico, con su fuerte vozarrón y su marcado ceceo andaluz, el autor de *El Cid* contestó secamente:

— Un tiro premiozo.

Al pobre Sellés le cayó la frase como un jarro de agua fría.

Ni siquiera fué parte a consolarle una graciosa ocurrencia de Zapata, inspirada, precisamente, en uno de los pasajes de la obra estrenada: aquel en que, replicando a las palabras de la esposa

«— Al fin llevo, aunque prestado,
tu apellido»,

el marido, indignado, exclama:

«— ¡No lo llevas!...
¡Lo arrastras!»

Esta frase fué dicha por Vico de modo tan magistral, que arrancó una salva atronadora de aplausos.

Y es el caso que, ya muy de madrugada, Sellés se retiraba a descansar de las emociones de la noche, acompañado de varios íntimos, entre ellos Marcos Zapata. Presintiendo su triunfo, el ovacionado autor se había hecho para la noche del estreno un magnífico ruso de los que entonces empezaban a estilarse. Sellés estaba imponente con su abrigo talar; un abrigo espléndido, pero tan largo, que casi se lo pisaba.

De pronto, el autor de *La capita de Lanuza* — que decía Antonio Vico — encaróse con Sellés, le miró de arriba abajo, y señalándole a los pies con un ademán, exclamó en tono melodramático:

— ¡No lo llevas!... ¡Lo arrastras!

FRANCISCO DE ESTEPA

NUESTROS ARTISTAS



Alberto Malea

MATEO INURRIA, por Mateos.

He aquí el estupendo escultor Mateo Inurria, que, así como Julio Verne se hizo célebre por las Aventuras del Capitán Grant, ha renovado sus laureles con la estatua del Gran Capitán.

LA MALA INTENCIÓN DE ALGUNAS COSAS

Desde hace algunos siglos, Eurípides tenía razón cuando dijo: «No te irrites contra las cosas, porque a ellas les es igual.» Pero Eurípides no conoció el cepillo, que se nos va de las manos cuantas veces vamos a cepillarnos; ni el botón de la camisa, que se nos clava en la nuez o parece gozar apuntillándonos la nuca.

No; a las cosas no les es igual; a las cosas les atrae y seduce la cólera del hombre, y mil casos lo confirman. No es ésta la primera vez en que haya de hablarse de la perversidad, de la mala intención que caracteriza a muchas cosas. No recordamos si el Dr. Freud trata de ello en su curiosa *Psicopatología de lo cotidiano*; pero, de cualquier modo, abundan tanto los ejemplos, que darían origen a un libro voluminoso, de esos que tanto alucinan en las Academias.

De esta perversidad se viene hablando en tertulias, hogares y negociados; ya existe un *folklore* copioso y entretenido. Demos la voz de alarma, por si fuese posible arbitrar algún remedio. Nos sabemos poner en guardia contra el colega y sus palmaditas alevés; contra la adorada y sus besitos taimados; contra el mercader y sus lamentos cu-candones. Pero de las cosas no recelábamos todavía, esta es la verdad. Nos parecían pasivamente desentendidas de nuestros afanes. Cuanto más chiquitucas eran, más pura se nos antojaba su neutralidad. ¡Error tremendo! Los automovilistas y ciclistas han dado la voz de alarma. En toda carretera o caminejo abundan las cuadrillas de clavos y objetos punzantes que salen al encuentro de los neumáticos y se clavan fieramente

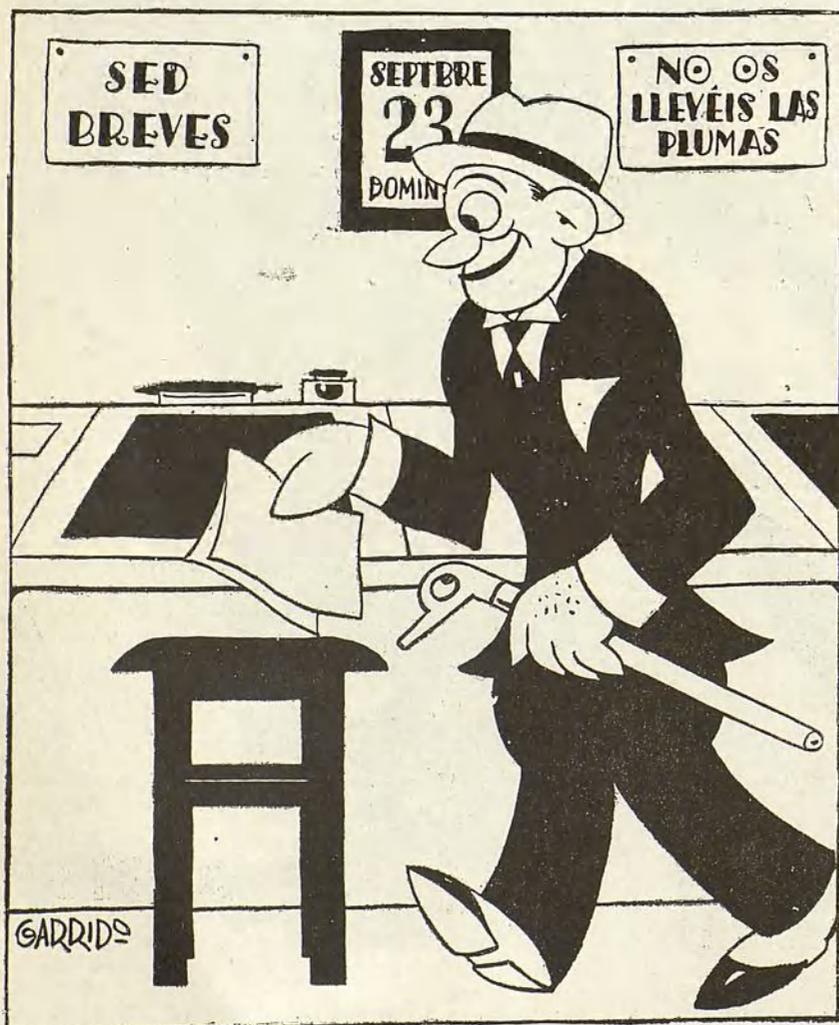
en las llantas. Con los clavos «hacen causa común» los cascos de botella, los pedazos de cristal, las túrdigas de hoja de lata, las mil cosas desechadas por el hombre, y que no se sabe aún cómo huyen de las traperías y llegan a esos lugares de civilización y confraternidad donde los automóviles chocan entre sí y las motocicletas, atestadas de risas y de gritos, vuelcan desespesadamente.

En casa, esta mala intención de las cosas menudas se manifiesta de mil modos. Cuando estamos a punto de clavar la escarpia de la que ha de pender el retrato, el martillo, harto de su docilidad, nos machaca un dedo. Otra vez, al ponernos la camisa, el gemelo salta y se esconde para no aparecer jamás. Comiendo, el pupilo que aborrece africanamente los granitos de pimienta o el sustancioso diente de ajo, los halla en su plato, sin excusa ni retraso, todos los días. Hay alfileres a quienes les causa indudable placer hundirse en nuestra carne, y plumas que amanecen con la punta engarabitada, y apuntaciones que guardamos ayer en la cartera y se escabuyen no sabemos dónde.

¿Y qué decir de otros enemigos mortales nuestros, solapados, astutos, rencorosos, como el paraguas? El paraguas acecha a todas horas la ocasión de evadirse, de romper el yugo de nuestra diestra: sus sitios predilectos para consumar la fuga suelen ser los tranvías, los divanes del café, el perchero de la oficina... El paraguas es un objeto romántico, atacado de manía ambulatoria: le gusta cambiar de horizontes y de dueños, amén de mojar todo cuanto le es posible, especialmente cuando llueve. Su compañero el bastón es otra cosa; más casero, detesta las mudanzas y excursiones. En cambio, lo que parece seducirle es el arte de situarse debajo del brazo hincándose en el ojo o en el vientre del transeúnte que viene detrás.

Al echarse a la calle, las emboscadas y artes ruines aumentan. No acabaríamos de contarlas. Recordemos el tranvía — nuestro tranvía — que acaba de pasar cuando íbamos a instalarnos en él; el auto que salpica nuestro traje nuevecito y los zapatos fulgurantes; el garfio que se confabula con nuestro bolsillo y lo desgarrar...

Y si nos damos una vueltecita por el campo, en la misma Naturaleza cunde la malignidad. Sibarita hay buscador de setas, cuya numerosa familia conoce al dedillo, que perece al fin un día envenenado. Allá, en lo más ameno del bosque, le acechaba una *variedad* que es comestible unas temporadas y nociva otras; y acá, en la cocina del merendero, una cerola preparaba su mejor cardenillo para hacerle reventar.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Hombre, qué casualidad! Tenía que escribir una carta, y miren por dónde me encuentro un papel de barba que me va venir de perilla.

E. RAMÍREZ ÁNGEL

DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS DOS TENDEROS,
por Max y Alex Fischer

I

El señor Grantalot es propietario de un almacén de telas y encajes situado en el número 6 de la plaza de la Alcaldía.

Una cliente, a mediodía, abre la puerta de su establecimiento.

— Buenos días, señor Grantalot. Esta tarde enviaré a mi criada a recoger un metro de sarga gris que tendrá usted ya preparado. Hasta la vista, señor Grantalot.

El comerciante se puso a buscar sarga gris entre las piezas de tela, sin conseguir encontrar en todo su establecimiento un solo trozo de este género.

Si se lo hubiese dicho ayer, hubiera tenido tiempo de telegrafiar a su proveedor de Roubaix, que le hubiese remitido a vuelta de correo una pieza de sarga gris. Pero hoy, como Charpiat, su competidor, que tiene el establecimiento en la casa de enfrente, número 12 de la plaza de la Alcaldía, le ha pedido, por medio de su dependiente, un metro de cinta, en vista de que su competidor no ha vacilado en aprovisionarse de su casa, podía él hacer otro tanto por servir a su clientela.

— Escucha — dijo a su dependiente —; atraviesa la plaza y dile al señor Charpiat que haga el favor de prestarnos un metro de sarga gris de a tres francos.

En posesión del trozo de sarga gris que su dependiente acababa de traerle, cuando se disponía a envolverlo, tuvo el señor Grantalot una idea feliz: la de medir la tela.

— ¿Cómo?... ¿Qué es esto?... ¡Este pedazo no tiene más que noventa y siete centímetros!...

Lo midió después, dos, tres, cinco veces.

— ¡Sí, sí; no hay duda!... ¡Sólo hay noventa y siete centímetros!... ¡Conque usted también, señor Charpiat!... ¡También cuando se paga un metro, no da usted más que noventa y siete centímetros!... ¡Vaya, vaya!... ¡Me alegro de saberlo!...

II

Todos los días, hacia la una, el señor Collery, el maestro, pasa por la puerta de Grantalot volviendo de la escuela.

Grantalot, esta tarde, le detiene al pasar.

— ¿Qué tal, señor Collery? ¿Desea usted algo, señor Collery?

— No, no; gracias.

— ¡Tanto peor! Lo digo, porque si tiene interés por algo, ganaría usted más comprándolo en mi casa que en la de Charpiat. Sí, sí, señor Collery. ¡Le juro que no lo digo porque Charpiat sea mi

competidor! Tome estos tres francos... No me pida explicaciones. Sólo la molestia de cruzar la plaza, entrar en casa de Charpiat y comprarle un metro de sarga gris y traérmelo en seguida. Verá usted algo muy edificante.

El señor Collery no tardó en volver, habiendo realizado su empresa.

Grantalot le tendió su metro.

— Ha pagado usted un metro, ¿no? ¿Cuántos centímetros tiene un metro? Cien, ¿no? Bueno. Mida, mida usted. ¿Cuánto mide?

— Noventa y siete centímetros.

— ¡Perfectamente! Eso es todo. Es lo que se trataba de demostrar. Hasta la vista, señor Collery.

Todos los días, hacia la una y cuarto, el señor Chanmette el procurador pasaba por delante de la puerta de Grantalot al dirigirse a su despacho.

— ¡Muy buenas tardes, señor Chanmette! ¿No necesita usted nada hoy?... ¡Vaya por Dios! Si tiene usted necesidad de algo, créame que le reportará más interés comprarlo en mi casa en lugar de hacerlo en la de Charpiat.

Grantalot hace con el señor Chanmette el mismo juego que con el señor Collery.

— ¡Noventa y siete centímetros, señor Chanmette!...

— ¡Perfectamente, perfectamente ¡Nada más quería hacerle ver!



Dib. LÓPEZ RUIZ. — Huelva.

— Doctor, ¡usted, que me prometió curarle!...

— Señora, yo lo que aseguré es que con mi tratamiento entraría su cuerpo en caja...

III

Grantalot, muy satisfecho por haber necho entrar, desde la una hasta las siete, a sesenta y dos personas que han pasado por delante de su casa y les ha hecho comprar un metro de sarga gris de tres francos en casa de Charpiat, cierra su establecimiento.

Claro es que ha desembolsado cierta cantidad bastante considerable; pero es evidente que estas sesenta y dos personas se cuidarán muy bien de volver a comprar en casa de Charpiat. ¿No es evidente, además, que a estas horas estarán ya divulgando el hecho de que han sido testigos?

Con más apresuramiento que de cos-

tumbre se va Grantalot al café de las Artes.

Ha estrechado la mano de sus numerosos clientes, cuando Charpiat empuja la puerta del establecimiento.

Desde lejos apercibe a Grantalot y grita:

— ¡Buenas noches, señor Grantalot!... ¡Ya era hora de que le diese las gracias!... ¡Yo no soy un insensato, y estoy agradecido a su compañerismo!...

— ¿Por qué me da usted las gracias, señor Charpiat?

— ¿Cómo que por qué? ¿No ha tenido usted esta mañana la amabilidad de prestar a mi dependiente un metro de cinta?

Y delante del señor Collery, del señor Chanmette y de las sesenta y dos personas que han ido esta tarde a su casa a comprar un metro de sarga gris, sin pensar en el efecto que ha de hacer en Grantalot, Charpiat explica:

— Figúrese que esta mañana, al abrir la tienda, me ha sido imposible recordar dónde había echado el metro. Más de un cuarto de hora he estado revolviendo mis cajones sin encontrarlo. Ya estaba aburrido... ¿Cómo reemplazar ese objeto tan indispensable? He tenido entonces la feliz idea de enviar a comprar un metro de cinta a su tienda. Este metro de cinta me ha servido de medida durante todo el día, que, además, no sé por qué, ha sido de una venta brillantísima. ¡Gracias, muchas gracias, amigo Grantalot! ¡Muchas gracias!



— Me parece recordar que dijo usted que su mujer no fumaría jamás.
— Eso dije; pero alguien le ha debido decir que yo lo he dicho...

(De Life, de Nueva York.)

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

J. R. P. Madrid. — El cuento está bien; pero como tiene un gran parecido con otro titulado *El hombre que picaba los puros*, que salió de la pluma de nuestro sinalagmático y apelmazado colaboradorcete López Rubio, y que se publicó ya en BUEN HUMOR, nos entra una terrible sospecha, y... suspendemos la admisión.

Chistes míos y de ustedes

Para epílogo de este libro, el más gracioso del mundo, verdadero libro de la Patria, se premiarán con 150 pesetas 10 chistes. Enviad chistes a «La Prensa», Carmen, 18, Madrid.

Mande otras cosas, porque sirve usted.

A. A. Valladolid. — No sirve, porque es más largo que un día polar. Envíe cosas cortas, que son las que privan; las largas, también privan: privan de la paciencia al lector. ¡Si esto conviene menos que un litro de ácido sulfúrico!...

E. F. Madrid. — Lo mismo le decimos, ilustre amigo. Su trabajo sirve para un discurso de entrada en la Real Academia, pero no para BUEN HUMOR, porque necesitamos artículos cortos. O comprimirse, o diñarla. Ya dijimos en otra ocasión que éste es nuestro lema. Y conste que no nos referimos al marqués de...
J. R. M. León. — Usted nos envía cosas por medias docenas si le da la gana. Y si quiere mandarlas por gruesas, le aceptamos gruesas hasta de cien kilos. Pero trabaje, trabaje sin desmayo y como si la literatura fuera el Morse. Los dos artículos que nos envía son un poco flojitos. Insista, insista.

S. H. P. Madrid. — Haremos alto, porque usted se lo merece. El que esto escribe lleva veintitantos años pataleando por el globo terráqueo, lo que hace un total de ocho mil treinta días, más los correspondientes a los bisiestos, de vida humana. Pues bien: en toda esa prolongada existencia,

jura el susodicho que no ha leído una poesía mayor ni una memez tan extensa como la suya. Eso imbeciliza, atontolina y estupidiza. ¿Dónde estaba usted cuando ocurrió el catástrofe de Yokohama?

Pérez. Madrid. — Hasta que no se quite usted la barba, no le autorizamos a hablar con nosotros, y menos, como es natural, a escribir cosas para BUEN HUMOR.

M. G. Zaragoza. — Está bien; pero, la verdad por delante, tiene menos gracia que un responso. Haga algo cómico y hablemos con una extensión oceánica.

P. O. Madrid. — Tampoco está mal; mas no nos sirve, porque, como usted sabrá, la reseña humorística de las cosas de los teatros la hace el incommensurable y simpaticote Pepe Mayral, y los comentarios cómicos de los estrenos están a cargo del hacha constante de Robledano y del no menos hacha...coso López Rubio. Así que haga algo que no tenga relación con los teatros, y podrá ser.



L. S. T. Barcelona. — Su *Tragedia naval* es de una estupidez que atonta. ¿Qué habrá dentro de ese encéfalo. Dios mío? Para evitar nuevas manifestaciones de esa clase, le aconsejamos que se dé fricciones con alcohol alcanforado.

H. P. C. San Sebastián. — Demasiado alegre.

P. P. Madrid. — Más triste que un sauce acogojado.

R. J. F. Málaga. — Tristísimo.

Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

Está a la venta el séptimo cuaderno. La más útil biblioteca del artista, del taller y del amateur. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, de época y originales, coleccionados por orden alfabético. 2 pesetas cuaderno. Suscripción: trimestre, 5,50; semestre, 10,50; año, 25, con derecho a lujosas tapas. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, teléfono J. 17-18, Madrid. Suscripción y venta en todas las librerías.

¿Cuál es la máquina de escribir que está a la cabeza?

LA CORONA

vale mucho y cuesta poco.

Modelo de oficina:
550 pesetas, al contado.

También a plazos.

Agentes
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

UN "DÉBUT" AFORTUNADO

En el elegante *cabaret* La Magnolia Languidescente (lugar predilecto de la buena sociedad ultramarina, según un cartelito colocado a la puerta del coliseo) debutó anoche Paquita Arrigorriaga con un éxito verdaderamente clamoroso.

Los que conocemos bien el *percal* varietesco, no salíamos de nuestro asombro al ver lo

bien que Paquita salía de su empresa, y lo bien que la Empresa salía con el hallazgo de Paquita.

Paquita es fea. Paquita tiene menos voz que un gato.

El perfume de su aliento a cien leguas se percibe. No me extraña, porque usa Licor del Polo de Orive.

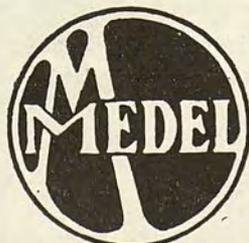
Paquita hace en escena más tonterías que Bori.

¿A qué, entonces, se debe su triunfo?

¡Ah, señores! Paquita sonríe siempre, y al sonreír, Paquita enseña una dentadura que es un encanto.

Cuando acabó su actuación, entramos en su cuarto y lo comprendimos todo.

¡Paquita se limpia los dientes con pasta dentífrica Sanolán!...



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑOS



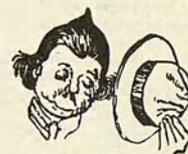
La mujer arregla su cabello para acomodar su sombrero.



Pero en el caso del señor Crinito...



cada sombrero, automáticamente...



arregla su peinado.

(Del Punch, de Londres.)

LEA USTED
UNA TARDE MUY BIEN APROVECHADA
Novela cronométrica y un poco inverosímil de
ANTONIO GASCÓN DOS PESETAS

BLAS E. BERROTERÁN & Co.

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones.

Aceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Cuál es el hombre más criminal del mundo?

— Un acomodador de teatro, que e entrega uno la localidad y le deja en el sitio.

Antonio López.
San Andrés (Barcelona).

— ¿En qué sitio de Madrid hay más gente y está en más contradicción?

— En la Puerta del Sol, porque

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

mira uno arriba, *cable, cable...*; mira uno a los lados, *calle, calle...*, y mira uno al suelo, y *asfaltao, asfaltao...*

Juan Gallego. — Alcalá.

Un señor que viene distraídamente por la acera leyendo un periódico se

da un fuerte porrazo en la cabeza contra una esquina.

— No se apure, caballero — replica uno que lo ha presenciado —, que es *quina*, y para la cabeza no le vendrá mal.

Masto. — Madrid.

Con motivo de la reciente repatriación de tropas de Africa, el capitán Fuláñez ha traído a su amigo el señor Pérez unas preciosas babuchas adamasadas.

El matrimonio Pérez discute el valor del regalo.

PÉREZ. — Pues mira, se ha debido gastar bastante Fuláñez en esto.

SU ESPOSA. — ¡Qué se va a gastar! ¡Si me han dicho que en Africa las babuchas *andan por el suelo!*...

Luisito. — Madrid.

— ¡Hombre, qué grueso está usted! ¿Cómo se ha puesto usted así?

— ¿Quiere usted saberlo?... ¡Pues de no discutir con nadie!

— ¡Hombre, no será de eso!

— Como usted desee...

Fosforito. — Madrid.



(De BRIVOT, en *Le Rire*, de Paris.)

— Es el doctor Bragues, un médico ferviente del espiritismo.
— ¡Claro! Tendrá gusto en hablar con sus clientes.

Entre sastres.
— Por fin han accedido a nuestras peticiones los huelguistas.
— Sí. Ya hay que ir acortando las medidas.

— Yo ya lo he hecho. Mis metros no tienen más que noventa centímetros.

Masto. — Madrid.

— ¿Se puede ver a Chaparro?
— No, señor, que no recibe, porque está con un catarro.
— ¡Que tome Jarabe Orive!

Un hombre es detenido por un guardia en la plaza de Antón Martín.

EL GUARDIA. — Vamos a la Comisaría.
EL HOMBRE. — No me lleve usted a la Comisaría, ¡por amor de Dios!...

EL GUARDIA. — No, señor; si le voy a llevar por Magdalena.

Perecito. — Madrid.

— ¿En qué se parece una taza de café caliente al momento de bajar el telón al final de una comedia?
— En que *saca vaho*.

Echevarría. — Madrid.

— ¿Cuál es su disculpa por haber llegado tarde a la oficina?
— Tenía una disculpa excelente; pero se me ha olvidado.

M. Conde.

El premio del número anterior ha correspondido a **Gallero**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



No tendréis BUEN HUMOR adquiriendo solamente este semanario.

Necesitáis comprar los graciosísimos

OBJETOS PARA BROMAS

S. CUESTA PRÍNCIPE, 10 — MADRID —

DEPARTAMENTO ESPECIAL PARA VENTAS A PROVINCIAS

SOLICITE USTED EL CATÁLOGO ILUSTRADO

"STOCK" PARA VENTAS AL POR MAYOR

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE
Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía.
Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.
Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grastientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinoso. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. BILBAO.—Madrid.

—¡Por Dios, Pili, déjame que comal Ya sabes que a mí, la ternera nunca me ha hecho daño.

Ayuntamiento de Madrid